

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUIS DE LUNA,
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTÍNEZ
DE PINILLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Consul de Colombia.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

Catarros infantiles, Dr. Gómez Plana.—*Por la infancia y por la patria*, Dr. Martínez Vargas.—*Una sesión en el Congreso de las flores*, Servando Camúñez.—*Los niños y la pornografía*, Joaquín Tablada.—*Obligaciones intelectuales de la madre*, Dr. Combes.—*Varietades*.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.

Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año III. Cádiz: Noviembre de 1923 N.º 32

EL NIÑO
REVISTA MÉDICO-SOCIAL
DIRECTOR
DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA
PUBLICACIÓN MENSUAL

Año III

Cádiz: Noviembre 1923

Núm. 32



Niño de 8 meses criado a pecho.

Catarros infantiles

Se tiene por axiomático, que esta estación es la propia, sinó la exclusiva, de los catarros *de pecho*, en los niños y personas mayores; sobre todo, en los primeros.

Es cierto, en la mayoría de los casos; pero no es raro ver catarros bronquiales, en el verano; y más aún, en las estaciones intermedias, en que los cambios bruscos de temperatura, las vicisitudes atmosféricas de humedad y cambios de vientos hacen pagar caros los descuidos e imprudencias de los confiados o de los mal instruídos.

Me propongo llamar en este breve artículo la atención de las madres, acerca de los catarros bronquiales de los niños; de esos, de los que se suele decir que *el niño está acatarrado*; y muchas veces resulta, que el *catarro* es una pulmonía, o una bronquitis profunda que pone en peligro la vida del niño.

En la práctica de niños, es frecuente encontrarse con las más desagradables sorpresas en este particular.

Un niño, empieza con un catarrito de nariz; no se le hace caso; moquea, estornuda, se obstruye un poco la respiración nasal, y el niño empieza a respirar por la boca; todavía está alegrito, y nada que llame la atención se encuentra en él; dos o tres días más tarde, el nene tose algo, se le llena de *flema* la garganta, y no tiene ya tanto apetito; *eso es la baba de los dientes*—suelen decir las madres—; nada se cuida el catarro, se sigue la vida ordinaria, y con motivo de cualquier cambio de tiempo, o sacando al enfermito a la calle a desusadas horas, la tos escasa se convierte en frecuente, seca y dura; se quiebra un poco el color; a ratos, se notan al tacto desniveles de temperatura, y ya hay alguna inquietud, que suele interrumpir el sueño de la noche: todavía no se le hace caso al mal; *serán los dientes*—dicen—; ya se sabe que los dientes tienen la culpa de todo lo que pase a los niños; ¿el niño se empa cha, o lo empachan?; *los dientes* tienen la culpa; ¿hay diarrea, vómitos, gritos, fiebre, erupciones?, *los dientes* son la causa; y aunque existan desde luego trastornos locales y reflejos provocados por el estímulo del brote dentario, hay un número crecido de trastornos serios, graves y aun mortales, que nada tienen que ver con la dentición; y lo malo de esta falsa creencia es, que por ella se

descuidan enfermedades que matan a los niños y que, tratadas a tiempo, se hubieran curado pronto y fácilmente.

Llega, por fin, el progreso del mal a tal grado, que ya no cabe duda de ninguna clase; el niño respira mal, rehusa todo alimento, tose sin cesar, la fiebre es intensa, y la madre se alarma seriamente.

—Mire usted—dice—; el niño no ha dormido en toda la noche, ni nos ha dejado dormir; tose que tose; ha tenido un momento, en que parecía que se ahogaba; tiene una *balsa*, que no lo deja.

—¿Qué tiempo hace que tiene el niño el catarro?

—Pues unos ocho o diez días.

—¿Y qué le ha hecho usted?

—Como era un resfriado sencillo, y otras veces se le ha quitado sólo, no le dí nada hasta antes de ayer, que le dí un purgante, por si era del estómago, porque *no me quiere comer*.

—¿Nada más?

—Sí, señor; le he puesto sebo de Flandes en el pecho y en la planta de los pies; pero está cada vez peor.

—Bueno; pues *vamos a ver* al niño.

El niño tiene una pulmonía catarral, que amenaza convertirse en catarro sofocante; en la temible y espantosa bronquitis capilar de los niños, que tantas víctimas ocasiona.

Unas veces, se escapa bien; otras, muchas, por haber llegado tarde, el niño se convierte en ángel, y la madre llora siempre (si no le echa la culpa a los dientes) su descuido.

Este caso, del que hay muchos ejemplares, es el más claro y sencillo; pero hay otros en que no es así: el niño tiene un catarrito que parece ligero, que no aumenta, que le permite alimentarse y estar contento; tose algunos ratos; vomita, sin saberse por qué, algunas veces; tiene *ruído de balsa* en el pechito, y nada se advierte que inspire alarma.

Un día (todos llegan), el niño tiene un ataque de asfixia: el catarro ha pasado, sin el descenso gradual indicado anteriormente, del catarro traqueal a la más fina ramificación del árbol respiratorio: también el desenlace suele ser funesto.

Hay casos intermedios, que dejan tras sí catarros crónicos, complicaciones tuberculosas, asma bronquiales, lesiones de corazón, deformaciones de pecho y anemia de origen respiratorio de difícil curación.

Otras veces, sin síntomas que hayan llamado la atención, se advierte en el niño algún cansancio: se reconoce, y tiene una pulmonía no sospechada.

Otras, en el curso de varias enfermedades, lo mismo del aparato respiratorio que de otros órganos, aparece como complicación la pulmonía: estas pulmonías, llamadas secundarias, merecen toda la atención del médico, porque no es raro el caso de que pasan desapercibidas: se reconoce al niño por trastornos, que parecen circulatorios, por referencia de describirlo, hasta por lo que pudiéramos llamar, aunque la palabra parezca impropia, por presentimiento, y el fonendoscopio acusa clara, netamente, un foco pulmonar bien definido.

Y hay pulmonías que carecen de síntomas clínicos característicos, como otras que lo parecen y no lo son; necesitándose la pantalla radioscópica para que, por su claridad-sombra, señale el rumbo diagnóstico, diferenciándolo de las masas ganglionares, de los atascos mucosos y de las zonas congestivas.

Por tanto, conviene advertir a las madres que no se fíen de los catarritos de los niños, sobre todo cuando tengan alguna persistencia.

Niño que estornuda, moquea, tose y entristece a ratos, dejando caer la cabecita sobre el hombro de su madre y se le nota algún atascamiento mucoso de garganta, rechazando algo el alimento, no descuidarlo.

Como cuidados previos, abrigo, fricciones alcohólicas en pecho y espalda; cucharadas de infusiones calientes, no comprimir el pecho con mucha ropa ni sujeción y cuidar que las piernas estén bien cubiertas, a lo que se opone la moda actual del *encuerismo* imperante.

Y el médico.

DR. GÓMEZ PLANA

Por la infancia y por la patria

Dos actos celebrados, uno en San Sebastián y otro en Barbas-tro. demuestran con evidencia que España se interesa vivamente por la prosperidad de su población, por la conservación de sus niños, por el desarrollo normal de sus adolescentes, dando con ello la nota de máxima cultura de un pueblo, toda vez que entre

los valores sociales, es el valor humano el más importante de todos ellos y la base fundamental del poderío de las naciones.

De entre las diversas manifestaciones del progreso, destácase como una de las preferentes, sobre todo en estos últimos años, la predilección por el bienestar de la vida humana, la preferencia por la niñez, núcleo indispensable, fundamental, de la población, revelada en las leyes de protección a la infancia y a la maternidad.

Para que aquellas rindan la máxima eficacia, deben intervenir con su influencia tutelar antes del engendro, para que éste se realice en las condiciones normales, según prescribe la Eugénica, continuarse sin interrupción en todo el período gestatorio, en el nacimiento, en la infancia y en la adolescencia, hasta terminarse la época del crecimiento, única en la cual caben rectificaciones de los males congénitos, y una educación que moldee el cuerpo y el espíritu con arreglo a las normas físicas, intelectuales y morales que preparan el individuo tipo de civilidad.

Esta previsión higiénica, esta educación familiar y pública, son necesarias en todo el mundo, pero lo son más y con mayor apremio en nuestro país, donde por circunstancias que he expuesto en mi trabajo *En defensa de la raza*, los niños españoles vienen al mundo con un tipo antropológico menor del normal.

Con estos dos actos, el *II Congreso Nacional de Pediatría* y la *Octava fiesta anual de la infancia*, España demuestra que siente las ansias de reconstitución humana, preclaro signo de civilización, y que habría entrado hace años con fruto en esta senda, si los gobernantes no hubieran puesto oídos de mercader a las demandas de biólogos, higienistas y médicos, si por una incompreensión o indiferencia lamentables, en quien tiene el deber de comprender, conocer y atender las necesidades de la nación y los avances de la sociología, no hubieran excluído de sus programas de gobierno, no hubieran menospreciado las ofrendas generosas de los médicos, de los higienistas, que en repetidas ocasiones y con diversas tentativas les han ofrecido procedimientos para atajar esa sangría abierta de la mortalidad infantil, terror y océano de lágrimas del hogar español, carcoma de la niñez, que devora los ciudadanos en flor y escatima soldados y patricios a la nación.

España demuestra con ésto que es nación que ama la vida, que quiere vivir, y resurgirá vigorosa, pese a todos los parásitos oficiales, especie de pulpos que succionan la savia nacional.

Digámoslo sin vanidad de clase: los médicos han sido más previsores y patriotas que los mismos estadistas. El Congreso de

San Sebastián, continuación del de Palma de Mallorca, celebrado en 1914, ha alumbrado el horizonte español con una de esas auras que anuncian rectificación y enmienda en las esferas del Poder. El honor que otorgara con su asistencia a la sesión inaugural el expresidente del Consejo de Ministros, Sr. Sánchez Guerra, dejó tras de sí esta esperanza. Fué un acierto el invitarle y una valiosa conquista que aceptara la invitación de hablar en la sesión inaugural, por haber sido el Ministro de la Gobernación que refrendó la ley de protección a la infancia, tan tenazmente inspirada y propagada por el doctor Tolosa Latour, de grata memoria. El discurso del Sr. Sánchez Guerra, vehemente, grandilocuente, lleno en algunos pasajes de intensa emoción, de esa emoción que enrojece los ojos y empalidece el rostro al tratar del amor y de las ternuras de la madre, poniendo por modelo entre las madres a S. M. la Reina D.^a María Cristina, su discurso, repito, fué al final un emplazamiento del gobernante para cuando llegue a ejercer el Poder.

Sus consejos a los congresistas de que no cesaran en estas propagandas, no necesitaban sus estímulos, pues harto patentes estaban aquellas con este Congreso y con las anteriores campañas. El compromiso espontáneo del Sr. Sánchez Guerra de servir estos grandes intereses de la infancia cuando esté en su mano, fué aceptado con viva simpatía, toda vez que su elevada cultura, su acrisolada honradez y su intachable patriotismo, le ponen a cubierto de esa desconfianza habitual con que se acogen las promesas de los políticos en las conversaciones y, sobre todo, en las solemnidades.

De los demás discursos, el del doctor Garrido, secretario; el del doctor González Alvarez, el del doctor Arquellada, presidente; de todos ellos, excepto el mío, se hicieron lenguas los oyentes. Merece especial mención el documentadísimo y patriótico discurso del doctor González Alvarez.

El trabajo de las secciones y las conferencias fué nutridísimo; acaso debieron habilitarse todas las horas de la tarde para dar lectura y discutir las numerosísimas e importantes comunicaciones presentadas. Menos mal que el libro de actas nos permitirá aprovechar tan grandes enseñanzas.

Una circunstancia plausible que ya se había iniciado en el Congreso de Palma en 1914, fué la atracción de los pedagogos a este Congreso. La concurrencia de maestros y maestras fué considerable; hoy más que nunca, se demuestra la necesidad de que

pediatras y pedagogos vayan acordes en la educación integral del niño, en la protección de su salud, en su instrucción y en su educación, sobre todo en la educación moral, harto descuidada, singularmente en la faceta patriótica y de civilidad.

La asistencia a varias sesiones del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Vitoria, Rdo. P. Zacarías Martínez, hizo más oportuno el estímulo de la educación moral.

La amable acogida, generosa, espléndida, de la ciudad de San Sebastián, de sus Autoridades y Sociedades recreativas, fué para los congresistas una continua e inefable satisfacción. El Colegio de Médicos fué el patriarca que cobijó a la grey médica con afecto paternal. La prensa demostró una vez más por modo elocuente que sin su concurso las ideas, el progreso, perderían su eficacia; sin ella, la sociedad sería lo que un individuo sin palabra y sin escritura; una eterna mudez condenaría las gentes al aislamiento y las ideas a la esterilidad. La prensa de San Sebastián ha sido pródiga con el Congreso.

La ciudad se mostró cual es, de una elegancia insuperable, de una belleza sin par, por su artística concha que aprisiona el mar, por las ondulaciones de sus montañas perennemente cubiertas de aterciopelado césped, y por el lujo fastuoso de sus edificios; nos prodigó una hospitalidad enternecedora, y nos admiró por su pulcritud e higienización, que pueden servir de modelo a las demás ciudades. En suma: el Congreso ha sido un éxito y un gran acierto la elección de San Sebastián para celebrarlo.

*
* *

El segundo acto se celebró el día 9 de septiembre en el teatro de la ciudad de Barbastro; menos solemne que el anterior, menos transcendental, era, sin embargo, de gran ejemplaridad, por la constancia, por la modestia y por la perseverancia que le caracterizaban. Era la *Octava fiesta anual de la infancia del Instituto nipiológico Martínez Vargas*.

Desde el año 1916, en que fué inaugurada, cada año, sin faltar uno, con perseverancia aragonesa, ha venido exteriorizando una labor sencilla, constante, cerca de las madres y cerca de los niños, protegiendo a éstos, instruyendo a aquéllas, prodigando a éstos los dones de la ciencia, leche fresca, harinas, ropas y medicamentos; otorgando a aquéllas premios en metálico e infundiéndoles la promesa y la ilusión de que lograrían ver criados a sus hijos si practicaban las máximas del Instituto. Y como los resultados han

correspondido a las promesas, hoy las madres, llenas de fe, henchidas de gratitud, con sus hijos salvados y florecientes, no sólo llevan sus nuevos retoños al Instituto, sino que, erigidas en catequistas, llevan consigo a las indiferentes o a las rehacias al Centro de protección infantil. Esta transformación de las costumbres en las mujeres humildes del pueblo, es notoria en la ciudad. El antiguo desdén hacia los consejos de la Nipiología, se ha trocado en devoción fervorosa. En mis visitas a la ciudad, basta un sencillo pregón en las calles, un aviso lanzado al azar en un grupo de vecinas, para que la noticia se difunda por el vecindario, y en la hora citada, aquellas buenas mujeres, con sus pequeñuelos en brazos y algún otro de la mano, se apiñan en la calle del Instituto o en la escalera que conduce al mismo, revelando en aquella asistencia puntual y solícita la fé de sus almas, la gratitud de sus razones.

Pero hay algo que cautiva más todavía; es el contraste entre la modesta indumentaria, a veces andrajosa, de la madre, y el vestido limpio, pulcro, el lazo de cinta rosa que a modo de flor de vida adorna la cabeza de las criaturas, el aspecto sano, la carita alegre, rezagante, las carnes duras y resistentes de estos niños. Madres que así cuidan a sus hijos, que olvidándose de sí propias, se afanan por rodear a aquéllos de todo contento y halago, bien merecen honor de la patria, y que, andando el tiempo, esos hijos las ensalcen y cuiden en su vejez con tono el fervor, todo el sentimiento de un amor filial sincero.

Algunos espíritus *fuertes*, incapaces de sentir estas delicadezas familiares y sociales, ven con indiferencia y acaso con desdén irónico, el tiempo y los esfuerzos dedicados a esta obra de altruismo y de reconstitución patria. Faltos de sensibilidad social, ciegos para las visiones generosas, no alcanzan a comprender que un niño abandonado a la muerte, tierna flor helada por el cierzo, constituye un reguero de lágrimas y de perennes duelos sin consuelo en el hogar y un eterno cero en el caudal numérico de los ciudadanos, a veces, el malogro de un patricio que prometía grandes conquistas para la nación.

Por ésto, a pesar de la indiferencia de las masas, a pesar del gesto desdeñoso de algunos, un grupo de hombres de buena voluntad, que forman el Patronato del Instituto Nipiológico, el Ayuntamiento de la ciudad, y sobre todo, los doctores D. Fiden- cio Sesé, D. Benito Serrate y D. M. Madroñero, llenos de amor a los niños, secundando mis ideas, van sosteniendo esta obra y de-

sarrollando en parte el programa fundamental, cuyos beneficios son patentes; ha hecho ya su prueba, y ésta es la mejor razón para que la obra se sostenga.

Díganlo, sinó, la disciplina y devoción de las madres, sometidas voluntariamente a esta obligación técnica y la entrega sumisa de sus hijos a la aplicación de las reglas higiénicas; díganlo, sinó, la enorme rebaja de la mortalidad infantil, que disminuyó en una mitad el primer año y en tres cuartas partes en los siguientes; díganlo, sinó, la mejora de las costumbres, la supresión de la torpe y homicida alimentación prematura, la afición a la limpieza, a las prácticas profilácticas y la avidez con que las madres piden consejos para ahuyentar los peligros que asedian a los niños; y por último, la notoria disminución de la mortalidad infantil, que es siempre un foco de peligro para todos.

Otra conquista positiva es la limpieza, que sin temores fútiles se prodiga a estos niños; de un centenar de éstos que examiné para elegir los que debían ser premiados, tan sólo un 3 por 100 presentaban señales de raquitismo, y aun de él sólo indicios; únicamente el 4 por 100 presentaron la costra láctea en la cabeza o deficiencias de limpieza en el cuerpo.

La disminución de la mortalidad y de la morbilidad, la mayor educación de las madres y el contento de éstas, es la mayor recompensa nuestra y el mejor estímulo para nuestra perseverancia. El sábado, 8, fueron examinados todos los niños de la localidad inscritos en el Instituto Nipiológico, y fueron clasificados, según su salud, desarrollo y limpieza y según la asiduidad con que sus madres les llevaron a aquél para vigilar su desarrollo; el premio en metálico se ajustaba a la mejor observancia de aquellos preceptos, y aun cuando la cantidad era modesta, valía más como estímulo y satisfacción que como recompensa.

Del estudio de cada caso y familia se han deducido algunas observaciones interesantes. En estos últimos años, al revés de lo que ocurría antes, son muchas las madres que no han perdido ningún hijo, que tienen todos los que han dado a luz, madre hubo que de nueve hijos a que dió vida, tiene con vida los nueve, y esta conservación de la prole es una revelación y una esperanza. No he observado allí la triste desilusión que he registrado alguna vez de madres que han parido catorce hijos y ¡han perdido los catorce! Este año, una madre que portaba un niño de cinco meses, había dado al mundo doce hijos y sólo había perdido dos.

El domingo, 9, previo el examen de todos los niños, se verifi-

có la repartición de premios. Asistieron las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, una nutrida representación de los Padres Escolapios, de los maestros nacionales y de todas las clases sociales, que llenaban los palcos y butacas del teatro.

Una orquesta amenizó el acto. Abrió la sesión el popular y queridísimo alcalde, D. Demetrio Curc6, quien declaró con satisfacción que hoy, vista la pujanza del Instituto, recuerda con orgullo la fecha de hace ocho años, en que ocupando también la Alcaldía, presidió la inauguración del mismo. Declaró, además, el interés y el celo con que el Ayuntamiento protegía esta obra, y estaba dispuesto a continuarla.

Acto seguido, el doctor Sesé, que viene prestando su generoso concurso al Instituto, dió cuenta de los servicios realizados durante el año anterior.

A continuación se dió lectura por el joven estudiante Sr. López de un discurso enviado por D. Lorenzo Loste, presidente del Colegio de médicos de la provincia, excelente propagandista de la Nipiología, que ha tenido el mérito de atraer sobre su persona la atención de hombres pensadores que se afanan por estos problemas sociológicos; desde el modesto campo de un partido rural, el doctor Loste irradia a distancia su acción entusiasta y brillante, haciéndose digno de figurar en escenarios más amplios y solemnes. Cónstele el agradecimiento sincero del personal del Instituto, y del que ésto escribe.

Terminada esta lectura, el que suscribe se extendió en consideraciones sobre la significación de la fiesta, sobre la tendencia favorable del Gobierno a dar carácter oficial a estos Institutos, localizándolos en los Municipios; hizo la crítica de la mortalidad, ligeramente elevada este año por la ola de calor que ha azotado la ciudad; trató de la necesidad de atender las exigencias de la puericultura, tal como se ha puesto de relieve en el reciente Congreso de San Sebastián e hizo un llamamiento a todas las clases sociales, sobre todo, a las elevadas, para que prestaran calor fraternal a esta obra y la protegieran moral y materialmente, ya que se daba el caso en la ciudad de que las madres más humildes superaban a las de las clases elevadas en el conocimiento y arte de criar a los niños. Esta cooperación no debe obedecer a un mero espíritu de altruismo, sino que debe darse por instinto de conservación, ya que la solidaridad morbosa es un hecho fundamental e inevitable en la vida social; los niños de los ricos, por aislados y protegidos que estén, no escaparán al contagio mortífero si se desarrolla una

epidemia en los niños pobres, de igual modo que, declarado un incendio, las llamas devaran, sin distinción de estirpe, cuantos objetos caen bajo su acción.

La manera de asegurar la salud de los niños privilegiados consiste en apartar la enfermedad y la miseria de los niños humildes.

Terminóse esta peroración dando consejos a las madres para que inclinaran el ánimo de sus hijas hacia estas obras de cooperación social, de mutualidad y de protección recíproca, con lo que les apartarían algo de esa insana tendencia a la vida social modernista, con sus bailes intercalados en las comidas, altamente perniciosos para la digestión; con las músicas estridentes, escarnio del arte clásico, que hieren los oídos antes que los deleitan, y con esas prácticas de corrupción moral que relajan los lazos de la familia y tienden a la disolución del hogar cristiano.

Finalizó la fiesta, haciendo entrego a las madres de los premios en metálico, donación de la Excm. Sra. D.^a A. M. de M. V.: aquéllas, al comparecer alegres con sus hijos, sanos y esmeradamente cuidados, constituían una nota brillante, satisfactoria, y el mejor aplauso para esta obra tutelar de la raza y de la preservación del niño.

DR. MARTÍNEZ VARGAS

(De *La Medicina de los Niños.*)

Una sesión en el "Congreso de las flores"

Erase una mañana.
El Oriente cubierto de oro y grana
las nubes de rubores,
el Ocaso de brumas,
los arroyos de vívidas espumas
y los campos, de aromas y de flores.

Muy cercana a la orilla de un riachuelo,
entre una madreSelva y un tomillo,
una rosa con pétalos de cielo
y aurífero botón de intenso brillo,
con sonrisa altanera

(pecado de su excelsa jerarquía)
 a la masa floral de la pradera
 de esta suerte increpaba o argüía:
 «¡Florecillas de prados y cañadas!
 ¡Plebe de la llanura!
 ¿Aún no estáis enteradas
 que a todas aventajo en hermosura?
 Ya debíerais estar bien convencidas
 que en las flores también hay diferencias;
 que las hay sumamente distinguidas
 por su bello color o sus esencias;
 que algunas son tan puras como el cielo
 que a todas os alumbra,
 que hay otras tan brillantes como el hielo
 que en las cimas altísimas se encumbra;
 que las hay tan graciosas,
 tan lindas e irisadas
 cual las alas de aquellas mariposas
 que brillan, ante el sol, tornasoladas
 y que algunas insipidas y oscuras
 presumen de discretas
 porque viven en grandes espesuras
 y tienen color de las violetas.
 En fin, por no cansaros;
 que hay clases todavía
 y que es justo que tenga mis reparos
 si mezclo con vosotras mi hidalguía.»

Esto dijo la rosa con orgullo,
 bañándose en perfumes y colores
 y oscilando gentil, el dulce arrullo
 de céfiros inquietos, bullidores.

Confusas, humilladas
 y rojas de pudor las amapolas,
 quisieron ocultar avergonzadas
 la humilde desnudez de sus corolas.

En cambio, madre selvas, artemisas,
 helechos, madroñales,
 retamas, zarzamoras y melisas
 gritaron a una voz: «¡Somos iguales!
 ¡Fuera! Fuera la rosa!
 No caben en el prado aristocracias!

¿Ignora por ventura la orgullosa
que aquí no existen más que democracias?
Del mismo pan vivimos,
sobre el mismo terreno nos criamos,
al mismo sol lucimos
y una atmósfera misma respiramos.
Cese tu orgullo loco,
desecha esas leyendas peregrinas
y no olvides jamás que vale poco
quien eleva su trono sobre espinas! »

Las adelfas oyeron silenciosas
a la turba floral llena de hieles
y clamaron a poco desdeñosas:
« ¡Qué de envidias las de los vergeles! »

Las violetas callaron por decoro;
las dulces margaritas suspiraron;
las azucenas con anteras de oro
con irónico acento murmuraron:
« ¡Más bella que la rosa lo es cualquiera! »
y un cardo de corola azul y altiva
repuso en baja voz « ¡Vana químera!
La rosa, será rosa mientras viva! »

.....

La siguiente mañana
al cubrirse el Oriente de oro y grana
las rivales de ayer ya no existían.
Ni celos, ni protestas, ni sonrojos,
¡Solo iguales y míseros despojos
a los piés de las flores que nacían!

SERVANDO CAMÚÑEZ



Los niños y la pornografía

Un niño de doce años, hijo de familia bien educada y en envidiable situación económica, fué llevado al médico de confianza en una ciudad levantina.

En la antesala esperaban tres visitas. Yo era una de ellas. Pasaba por aquella ciudad en cumplimiento de deberes profesionales, me sentí con desazón en el estómago y acudí al médico. Pude observar a mi gusto al pequeñuelo.

Iba vestido con traje marinero. Estaba bien de estatura, proporcionada desde luego a la edad, pero muy delgado. Llevaba las piernas al aire, cubiertos los pies con calcetines blancos, El pantalón era de esos modelos absurdos que parecen taparrabos. Como el niño estaba sentado, apenas si le cubría la parte superior del muslo. Indico este detalle para daros idea de lo que sería este pobre chico, que apenas se podría apreciar por el grueso lo que era muslo y lo que era pierna. Todo parecía un palillo doblado.

Entraron antes que yo a la consulta.

El niño tenía fisonomía de loco, miraba extraviadamente y sus pupilas brillantes parecían luces siniestras en sus grandes ojeras.

Me dió tal lástima de este chico, que cuando después entré en el despacho del doctor, le comuniqué esta impresión.

—En efecto, es un caso deplorable, — me dijo el médico —; ese niño, que sólo cuenta doce años, es un verdadero perturbado y además, en el aspecto físico, una ruina. Sus padres son ricos y no le han quitado capricho y le han dejado en completa libertad. Sabe más picardías y repugnancias este niño a los doce años, que un vicioso empedernido, Produce verdadero asco conocer muchos detalles de su vida. La familia, advertida por mí, le vigila más, pero ya es tarde.

Es un verdadero crimen lo que se está haciendo con la infancia. Este niño ha entregado su cuerpo a las mayores inmundicias.

Los malos amigos han concluído con el poco vigor físico que le quedaba; no morirá pronto, pero será una ruína para la sociedad. El origen de la desviación de este muchacho está en la lectura continuada de obras pornográficas, Ha perdido la belleza de su alma y ha consumido su salud en el período crítico del crecimiento. Es un crimen de su familia, por el abandono en que le han tenido, y un crimen de la sociedad, por no poner coto a la extendida lectura de obras pornográficas por la infancia.

Esta represión es mucho más urgente que la de la trata de blancas.

Quedé aterrado al oír al médico.

Después me habló en términos que no son para descritos. Pero ¿será posible, pensé, que ni la Ley ni la autoridad se preocupen de este asunto vital para el porvenir de nuestra raza? ¿Acaso no importa a nuestros legisladores que la corrupción de las conciencias y la corrupción de las costumbres marchiten las energías en flor en las masas infantiles? ¿El comercio pornográfico puede ser amparado por la negligencia de los que tienen por sus cargos deber inexcusable de prohibirlo?

La Sociedad de las Naciones ha dicho que «El tráfico odioso de los libros inmorales no puede ser combatido eficazmente más que con la cooperación internacional.»

Bueno será que hasta que se llegue a ellas, sea la autoridad nacional la que en nuestro propio territorio prohíba la circulación de libros inmorales, proveyendo así a la necesidad más urgente que hoy día sienten los pueblos: la prosperidad de la raza.

JOAQUÍN TABLADA

Obligaciones intelectuales de la madre

No tengáis prisa, repetimos a las madres, en excitar artificialmente la inteligencia de vuestros hijos, y esto por una razón a saber: porque vuestra intervención es completamente inútil, y aun quizás perjudicial.

Es inútil, porque cuando la inteligencia del niño se manifiesta, hace ya mucho tiempo que se despertó y que funciona normalmente; hace ya mucho tiempo que, sin advertirlo vosotras, ha aprendido muchas cosas.

Desde el primer mes de su existencia; desde que abre los ojos y mira la luz, agita sus manitas y coge los objetos que tocan sus dedos, o lleva estos a su boca; cuando su mirada, cada vez más segura, pasa de un objeto a otro; cuando un ruido le hace volver la cabeza, ¿sabéis lo que hace?

Aprende.

El mundo externo empieza a penetrar en él por todos sus sentidos.

Muéstrase atento a la luz, a los colores, a los sonidos, y sus manos, al palpar los objetos a su alcance, hacen la experiencia de la diversa resistencia de los cuerpos sólidos. *¡Vuestros hijos aprenden física general!* Es decir, la física indispensable a la práctica de la vida; y desde este punto de vista, tened entendido que los más grandes físicos no saben mucho más que ellos.

Empiezan así su aprendizaje de la existencia, su experiencia del mundo; aprendizaje y experiencia que continuarán, en adelante, sin interrupción de la cuna a la tumba.

Sí, señoras mías, vivir es aprender.

Por el único hecho de que viven, respiran, maman, ven y oyen; desde que todo su cuerpo está en contacto con el mundo externo, vuestros hijos aprenden constantemente.

¿Y sabéis lo que aprenden?

Lo que seríais completamente incapaces de enseñarles, porque no sabríais como hacerlo.

Y, sin embargo, la sabia naturaleza, la providencial educadora, posee el maravilloso secreto de la educación de los niños.

Enséñales ella todo lo que necesitan y sólo lo que necesitan, y esto de la manera más conveniente a la receptividad actual de sus frágiles discípulos. En esta enseñanza natural, los programas y los métodos poseen una perfección que jamás sabrán igualar las humanas invenciones escolares.

En esta escuela, en la que no hay vacaciones ni asuetos, no sólo vuestros hijos aprenden constantemente, sino que hacen rápidos progresos. No lo advertís, porque todavía no pueden manifestar visiblemente la importancia de su bagaje científico, pero no por ello es éste menos real y efectivo.

¿La prueba?... La prueba es que llega un día, un hermoso día, en que os sonríen, os reconocen entre mil y reconocen *vuestra voz*. ¿Creéis, por ventura, que se ha producido repentinamente, espontáneamente, este fenómeno? En manera alguna. Han necesitado largas y porfiadas iniciaciones para conocer el medio en el cual reciben multitud de impresiones inconexas; han necesitado distinguir esas impresiones, establecer *categorías* (como Aristóteles) y construir, en su espíritu, *una noción de los seres*, con los elementos incompletos procedentes *únicamente de los sentidos*.

¿Os dáis ahora cuenta del trabajo inmenso, aunque sabiamente graduado por la naturaleza, que se ha realizado en esos pequeños cerebros, para que los niños *reconozcan un día a sus madres*?

Pues así, poco a poco, conocerá todas las cosas, *por cuanto las reconocerá*.

Porque *conocer*, no es otra cosa que *reconocer*.

* * *

El desarrollo del cerebro del niño sigue la misma marcha que el desarrollo de sus facultades locomotivas.

Ved cómo procede para dar su primer paso: vacila, titubea, busca el equilibrio, estudia experimentalmente—ni más ni menos que como Newton—las leyes de la gravedad y de la caída de los cuerpos.

Semejantes esfuerzos provocan vuestra sonrisa, pero para él es una gran empresa la de avanzar por primera vez un paso, y no sin ansiedad y sin las más minuciosas precauciones se aventura a hacerlo. Se dice que el primer paso es el único que cuesta... Sí, pero cuesta mucho.

Pues bien, la misma vacilación y la misma dificultad existe en la marcha de las ideas del niño. Cada uno de sus progresos intelectuales es como un primer paso en una vía nueva.

Ved lo que ocurre con el lenguaje infantil, cuya «dificultad de pronunciación» señalaba ya el buen obispo de Caiète. Durante mucho tiempo, oyen y escuchan los niños las palabras que se pronuncian junto a ellos o que se les dirigen, por cuanto desde el primer día les hablan las madres como la niña a su muñeca. Semejantes palabras no son al principio para el niño otra cosa que sonidos sin significación, y cuando, movido por su instinto natural de imitación trata de reproducirlas, sólo emite vagidos inarticulados, o débilmente articulados por las consonantes más fáciles de pronunciar, la *g*, la *b*, la *m* y la *p*.

Pero el niño escucha siempre, y si os tomáis la molestia de observarlo atentamente, notaréis que intenta reproducir en voz baja los sonidos articulados que llaman su atención. *Millares de veces* he observado personalmente los movimientos de sus labios y de su lengua ensayándose en la pronunciación de las palabras. Pues bien, sólo cuando ha logrado pronunciarlas en voz baja, se aventura emitir las en voz alta.

Y entonces, ¡qué satisfecho se muestra de su triunfo! Repite sin cesar la misma sílaba, se asegura de que la pronuncia bien, *toma posesión de ella*.

Así, pues, no creáis que, cuando por primera vez dice *papá* y *mamá*, sea por efecto de un desligamiento espontáneo de su lengua. Durante mucho tiempo he tenido necesidad de oír estas dos palabras (las cuales, por otra parte, no nos cansamos de repetir las) y de ejercitarse en pronunciarlas silenciosamente antes de hacerlo en voz alta, no en verdad por amor propio, sino por efecto de esa vacilación embarazosa que acompaña igualmente a sus primeros pasos.

Persuadíos de que todo progreso que se manifiesta en el niño ha sido precedido de un largo período de preparación y de elaboración, y que toda nueva palabra salida repentinamente de sus labios le ha costado mucha atención y reflexión y numerosas tentativas.

Tan cierto es esto que, así que empieza a charlar, más seguro ya de su elocución, aumenta rápidamente su vocabulario. Pero no os engañéis; el niño no aprende repentinamente las palabras que pronuncia; durante mucho tiempo las escucha, y poco a poco, entran en su memoria, se precisan y adquieren para él una significación que le permite servirse de ellas.

Del mismo modo, es decir, empíricamente, aprende la gramática y aún la sintaxis de la lengua que se le habla. Pero lo más

notable para un filósofo no es ciertamente esa extraordinaria asimilación de reglas lógicas, de una complicación extrema, para un cerebro de apariencia débil, sino que todo el mundo considere como sumamente natural fenómeno tan maravilloso.

Pero, realmente, es natural, ya que se produce en virtud del poder de asimilación de que Dios ha dotado desde la cuna a la naturaleza humana. Por esto mismo viene en apoyo de lo que decimos a las madres.

«Dejad que la naturaleza enseñe al niño todo lo que necesita, de conformidad con su evolución. Ella es más hábil que vosotras, por lo que, si intervenís en su obra, no haréis otra cosa que perjudicarla.»

* * *

Pero si esto es así ¿cuáles son con respecto a la inteligencia del niño las obligaciones de la madre?

Son, sobre todo en los primeros tiempos, principalmente negativas, es decir, que se limitan a no intervenir en la enseñanza que el niño recibe de la naturaleza, por temor a introducir en ella algún trastorno y a retardarla en vez de adelantarla.

Este principio de conducta maternal con relación al niño es efecto lógico de todo cuanto hemos dicho y diremos sobre el programa y método de educación que la naturaleza emplea en el desarrollo de las inteligencias juveniles.

Todo se encadena en la enseñanza *natural* de los espíritus infantiles, y ninguna nueva noción se les ofrece que no haya sido largo tiempo preparada. He ahí por qué aprende espontáneamente el niño multitud de cosas, en tanto que se asimila penosamente lo que queremos enseñarle.

¡Es que no aplicamos el método natural!

Sin embargo, el principio en que se funda este método es muy visible, pues consiste en *una serie de experiencias*.

El niño, que ha adquirido a tientas, por medio de los sentidos, sus primeras nociones, continúa haciendo lo mismo. Los únicos conocimientos que se grabarán indeleblemente en su espíritu serán los que reciba de la *experiencia*.

¡Y, sin embargo, nos empeñamos en echar mano de la enseñanza didáctica! Para hablar a esas jóvenes almas, completamente sumergidas aún en lo concreto, empleamos los argumentos de una lógica abstracta. ¿Cómo podríamos ser comprendidos?

Por otra parte, esta falta de comprensión de los procedimien-

tos en virtud de los cuales progresa insensiblemente el espíritu humano, pasando de una verdad a otra, constituye el conjunto de todos los métodos artificiales de enseñanza, imaginados, no sólo para la más tierna infancia, sino también para la juventud, para los adultos y aun para la edad madura.

Estos métodos, contruídos *a priori* por teóricos, presuponen que todas las inteligencias tienen la misma *receptividad*, en cualquier edad de las mismas, y sin la menor preparación previa, *para todas las verdades*.

He ahí una de las más locas aberraciones surgidas de los sueños de Rousseau sobre la *igualdad*.

En realidad, la receptividad intelectual del cerebro humano, indefinidamente variable según los individuos, se modifica incesantemente, en el mismo individuo, en razón de las circunstancias y nociones ya adquiridas.

Tanto es esto así, que las mismas experiencias no instruyen del mismo modo a los diferentes individuos; la misma lección no penetra igualmente en todos los cerebros, y ciertas verdades son siempre letra muerta para ciertos hombres.

Por regla general, el espíritu del niño, como el del hombre, sólo recibe y se asimila las nociones a que le han preparado ya sus precedentes adquisiciones.

He ahí por qué decimos a las madres:

«Es inútil que os apresuréis. En el momento en que el espíritu de vuestros hijos esté realmente dispuesto a recibir una nueva noción, la recibirá espontáneamente. Al querer acelerar su instrucción, ¿sabéis lo que hacéis? Ofrecéis a su espíritu problemas para los cuales no están preparados, y que, por consiguiente, no pueden resolver. Les habláis un lenguaje que no comprenden. Les obligáis a un esfuerzo penoso sin resultado útil, en tanto que hubiera podido emplear fructuosamente sus facultades en una asimilación fácil, porque estaba a su alcance... Dejad, pues, obrar a la naturaleza, la cual, mejor que vosotros, sabrá instruir a vuestros hijos.»

Si esta inacción os pesa, si deseáis ardientemente trabajar en el perfeccionamiento de vuestros hijos, enseñadles lo que no puede enseñarles la naturaleza.

No les enseñéis nombres nuevos (ya los aprenderán espontáneamente en hora oportuna); pero habitúadles a pronunciar bien los que saben.

He ahí la obra más útil que podéis hacer.

Os contentáis de ordinario con una pronunciación cualquiera de las palabras. ¿Qué digo? Hasta admiráis la habilidad con que vuestros hijos las deforman, y, para alentarlos, adquirís la costumbre de pronunciarlas mal como ellos.

Y así, cuando el niño dice,

— Mamá, *sotolate*.

Os apresuráis a contestarle:

— Sí, monín, aquí tienes el *sotolate*.

Esto, evidentemente, es muy divertido, por lo que trabajo me cuesta, contrariar vuestras diversiones; pero os aseguro que valdría mucho más que, cuando el niño dice *sotolate*, le repitieseis hasta la saciedad *chocolate*, y que se lo negareis hasta que se acostumbre a pronunciar esta palabra como debe ser pronunciada.

¿Por qué? Por el motivo de siempre, que es el principio generador de todas las obligaciones de la maternidad y constituye el alma de este tema; porque vuestros hijos no serán siempre niños, y, por consiguiente, porque vendrá un momento en que ya no será indiferente oírles decir *sotolate*. Entonces haréis esfuerzos inauditos para lograr que pierdan la costumbre que vosotras mismas habíais contribuído a arraigar en ellos.

¿Por qué no hacerlo desde el principio en los momentos en que más conviene desatarles la lengua?

Preveo la objeción que podríais hacerme. Del mismo modo que el cerebro—podríais decirme, invocando mis propios argumentos,—la lengua tiene necesidad de una preparación antes de poder pronunciar ciertas consonantes.

Algo de verdad hay en esto, pero no cantéis victoria, porque el caso no es el mismo. Cuando se trata del cerebro, no podemos conocer el momento en que está dispuesto, ni qué ejercicios debemos obligarle a hacer para acelerar su madurez.

Todo lo contrario ocurre con la lengua. Trátase aquí de una función física, cuyos efectos son sensibles, y en la cual podemos hacer presa por medio del ejercicio.

Ahora bien, este ejercicio es fácil de precisar y realizar. No se necesita tantear mucho para hacer que un niño pronuncie *chocolate* en vez de *sotolate*. Basta hacerle repetir la palabra, con la promesa de darle chocolate exquisito si la pronuncia bien.

Esto, evidentemente, no es más que un ejemplo, cuyos principios son aplicables a todos los demás.

Otro defecto, no menos frecuente en el lenguaje de los niños,

y completamente enojoso, consiste en no *articular* claramente las palabras, sino en «comerse lo que dicen», según una frase vulgar muy expresiva.

Hay aquí también una particularidad educativa en la cual la madre puede intervenir eficazmente para secundar a la naturaleza.

Este punto es mucho más importante de lo que a primera vista parece. En la vida importa mucho hablar con precisión y claridad. El lenguaje pastoso de una persona que parece tener siempre ocupada la boca con algo, puede dar lugar a falsas interpretaciones.

He aquí un ejemplo, que no carece de interés, tomado de Ed. Mennechet, autor de los *Etudes sur la lecture a haute voix*:

«Llegué a un mesón—dice—para esperar el paso de la diligencia, cuando ví entrar dos gendarmes que conducían a su regimiento, para ser juzgado en él, un desgraciado prófugo. Los dos gendarmes pidieron comida para ellos y sus caballos, sin perder de vista al soldado, cuya fatiga era tanta, que se tumbó de golpe en tierra. Estaba pálido, deshecho, abatido, y un sufrimiento visible alteraba profundamente los rasgos de su rostro.

»Acerquéme a él y le pregunté si estaba enfermo.

—»No—me respondió con voz apagada,—pero hace veinticuatro horas que camino sin haber comido un bocado.

»Di orden de que le dieran algo de comer, pero los gendarmes me dijeron que el Procurador del rey les había recomendado que no *le dejasen comer de nada* durante el camino. ¡Y el desgraciado soldado tenía que recorrer aún cuarenta kilómetros!

»Indignado, no menos que sorprendido por tan bárbara orden, no oculté mi sorpresa ni mi indignación a los guardías, los cuales me objetaron de nuevo que tal era la orden que habían recibido; y uno de ellos, para probarme que cometía una injusticia acusándolos, sacó de su cartera la hoja de ruta en que estaba escrita la orden verbal que habían recibido del Procurador del rey.

»Tomé el papel, leí la orden fatal, y ¡cuál no sería mi sorpresa al leer estas palabras!: «Los gendarmes N. y N. conducirán a Tours, a su regimiento, al soldado N.; y tendrán cuidado de que *nada le falte* en el camino.»

»Parece que el Procurador del rey había pronunciado tan mal la palabra *falte* (*manque*), que los gendarmes habían entendido *coma* (*mange*), y la mala pronunciación de una palabra hubiese sin duda causado la muerte de un hombre, si la Providencia no me hubiese conducido allí.

»Las negligencias en la pronunciación no tienen siempre, felizmente, tan graves consecuencias; pero no por ello es menos obligatorio pronunciar bien.»

Procurad, pues, ¡oh madres!, que vuestros hijos pronuncien bien.

* * *

Aun en la época en que crecen los niños, vuestra principal obligación intelectual consiste en no intervenir artificialmente, según métodos *a priori*, en la evolución natural de su espíritu.

Lo que es una verdad para el niño, lo es también para el joven que se encamina gradualmente a la adolescencia. Su *receptividad* intelectual aumenta poco a poco en virtud de leyes naturales que no conocéis. No comprenden ni se asimilan más que las nociones para las cuales está maduro su espíritu; todas las demás, cualesquiera que sean los procedimientos que pongáis por obra para inculcárselas, pasan por su mente sin penetrar en ella, o bien, y esto es mucho más grave, se deforman en ella y falsean la marcha normal de su inteligencia.

Pero ¿cómo reconocer las nociones que puede comprender el niño? En todas las fases de la vida humana, de la cuna a la tumba, se reconocen por un criterio infalible las verdades que estamos en disposición de comprender: este criterio es *nuestra curiosidad*.

Es muy sorprendente que las madres, dotadas con frecuencia de una maravillosa adivinación en lo referente a las necesidades físicas y morales de sus hijos, no posean la misma perspicacia cuando se trata de sus necesidades intelectuales.

Saben muy bien cuando hay que darles de comer o de beber, dirigirles una frase de aliento o un reproche; pero no advierten las necesidades, no menos exigentes de su espíritu.

Y, sin embargo, esta necesidad se revela, de un modo evidente, por sus preguntas.

¿Cómo es posible que haya tantas madres que no se den cuenta de la importancia capital que entrañan las preguntas, aun las más cándidas que les dirigen sus hijos?

De tal modo es esencial este punto, que sobre él llamo especialmente la atención.

Toda pregunta formulada por vuestros hijos, sin omitir la que os parecen más vanas y faltas de sentido, es una especie de oración que dirige a la verdad para que ésta disipe la oscuridad de su espíritu, y para que su espíritu se eleve, cada vez más, hacia la luz.

Esta pregunta es indicio infalible de que su espíritu ha madurado, que ha adquirido una nueva capacidad receptiva, que tiene sed y hambre de verdad, del mismo modo que su cuerpo tiene sed y hambre de bebida y de alimento.

Así, pues, cuando os manifestáis indiferentes o sordas a esa pregunta, cuando la rechazáis como inoportuna, o la eludís por un rodeo cualquiera, ¿sabéis lo que hacéis?... Pues negáis al fruto de vuestras entrañas un alimento más esencial que la leche de vuestro pecho o el pan del cuerpo; negáis a ese mendigo de la verdad la luz del espíritu que solicita.

—Madre —suplica el niño,— mis ojos se han abierto. Quisiera ver.

—Continúa ciego, sumido en noche oscura—responde la madre.

La más imperiosa de las obligaciones intelectuales de la madre, consiste en ilustrar a su hijo.

No basta darlo a luz; preciso es iluminar también su inteligencia; preciso es iluminar su alma, es decir, iluminarla con todas las claridades que es capaz de recibir.

¿En qué reconoceréis el momento en que se desarrolle su capacidad intelectual y las claridades con que deberéis iluminarla?

No confiéis en vuestra propia sabiduría o en la de los maestros teóricos que viven en las nubes y a los que jamás se les ha ocurrido enterarse de lo que es el alma de un niño. *Muchos libros están escritos según la capacidad de sus autores, no según la de los niños.*

Seguid las indicaciones de la naturaleza, la cual, a medida que crecen, incita a vuestros hijos a pedirlos lo que necesitan, tanto desde el punto de vista físico como desde el intelectual y moral.

Guardaos especialmente de despreciar sus ingenuas preguntas, porque Dios mismo es quien pone en sus labios las preguntas cuando juzga llegado el momento de iluminar su inteligencia.

DR. COMBES.

VARIEDADES

El Undécimo Concurso de Higiene Popular y Cultura Física, celebrado por la Unión Médica Gaditana, ha sido un resonante éxito: su principal beneficio ha sido a favor de los niños y de las madres. Nuestra enhorabuena a la veterana Unión Médica y a su digno Presidente el sabio Dr. D. Servando A. de Dios.